

La colección por el centenario del aniversario del nacimiento de D. Blas Piñar López que usted, amable lector, tiene entre sus manos, no podía completarse -ni finiquitarse- sin la teología que emana, como las aguas más cristalinas del manantial, de la esencia y figura de este señor notario y brillante Procurador en Cortes, que nació en Toledo un 22 de noviembre de 1918 y que falleció en Madrid un 28 de enero de 2014.

Afirmó Monseñor Guerra Campos que «Blas Piñar sabía más teología que todos los obispos de España juntos» pues sí, es posible que esa afirmación sea cierta, pero no sólo eso, sino que su extensa vida de 95 años de edad tampoco puede concebirse sin Dios, al igual que a su Patria España -a la que todos pertenecemos y no podemos disponer de ella-, no podría entenderse sin ese Dios cristiano Uno y Trino, que según la tradición católica española desde los tiempos de Santiago y de San Pablo de Tarso, en el siglo primero, ha contribuido a configurar el alma de sus gentes, la marca hispánica, su personalidad histórica y ha impregnado-moldeado el carácter de los españoles ante la vida y ante la muerte, dando sentido a su trascendencia y a las más heroicas aventuras y gestas colectivas de la historia universal.

Desde muy joven Blas Piñar formó parte de la Iglesia militante, vinculado a la Acción Católica que dirigía Antonio Rivera, el conocido con el sobrenombre de El Ángel del Alcázar. Una de las grandes misiones que la providencia divina le encomendó al señor Piñar siendo un chaval, fue conquistar para Cristo a la juventud de España. Él es (escribo en presente, porque su alma y su obra habita entre nosotros) la encarnación del vivo ejemplo de un caballero cristiano, arquetipo excepcional de la Hispanidad, paradigma de hombre católico romano y apostólico que antepuso siempre la fidelidad a la ley divina y a los inmutables principios de la ley natural y a las permanentes e inalterables verdades reveladas en las Santas Escrituras, como pilares y principios infranqueables en su vida, sobre los valores de la modernidad y la posmodernidad que ahora padecemos y tienen subyugados a tantos y tantos hombres y mujeres del planeta tierra. El pensamiento teológico de Blas Piñar no se quedó en algo meramente teórico-anecdótico, sino que resplandecía con la gloria de Dios y su brillo era como el de una piedra preciosa, lo que se reflejó ejemplarmente, no sólo en su trayectoria política, sino también en su vida familiar y profesional.

D. Blas Piñar, con el ánimo manifiesto de evangelizar y llevar la luz del Evangelio a toda criatura viviente nos recuerda, al menos a mí, al Apóstol para las naciones San Pablo de Tarso, tras la muerte expiatoria de Cristo en El Calvario, que comenzó su andadura con el camino a Damasco, recorriendo infinidad de kilómetros entre Asia Menor y Europa, llegando, incluso y muy probablemente, a la Hispania romana y que finalizó con la crisis que sufrió la Iglesia entre los años 60 y 70 cuando fueron asesinados Pedro y Pablo en la persecución de Nerón en Roma.

La obra teológica de D. Blas Piñar es prácticamente inabarcable, aunque hayamos intentando compendiarla y clasificarla en un conjunto de libros, de hecho, si no fuese por la labor vicaria (en pro de otros) de recopilación de textos, apuntes, conferencias y demás que ha realizado la Fundación Blas Piñar y, con especial mención, sin perjuicio de los demás, al esfuerzo del hijo del mismo, el general de las Fuerzas Armadas que lleva el nombre de pila de su padre, hoy no podríamos disfrutar de este regalo gratuito para la

eternidad, que el fundador y líder eterno de Fuerza Nueva nos entregó para conservarla y hacerla, ahora, presente de nuevo.

Podemos encontrar escritos de diferentes tipos, de una variedad-riqueza fuera de lo común y de una calidad suprema, propia de un intelectual de su talla, que suman más de mil textos y que no son menos de cinco mil páginas, que sepamos. Textos teológicos sobre: militancia católica; discursos para la juventud; arengas; martirio y cruzada; poesía a los mártires; Jesucristo; Ángeles; Arcángeles; apostolado y evangelización; cristiandad universal; el Santo Padre; textos marianos; teología mariana; la mujer como expresión de la divinidad; poesía mariana; teología histórica; poesía histórica-religiosa; el Cardenal Tarancón; teología de la oración; la meditación y de los sacramentos; teología sobre el hombre, el matrimonio, la familia y el hogar; poesía de la familia; teología eucarística; Concilio Vaticano II y libertad religiosa; ecumenismo; Cuaresma; Semana Santa; Corpus Christi; Adviento; Navidad; moral católica; cristianos ejemplares; poesías a cristianos ejemplares; cristianos heterodoxos, el limbo, etc.

En este primer libro, nos hemos centrado en su teología política, no necesariamente por ser la parte más relevante de su obra teológica, aunque pudiera serlo, sino, más bien, por ir aproximándonos a ese Piñar político, al ser recordado él, por sus admiradores y por sus detractores, quizá de manera simplista y resumida, más como una figura política, que como un referente en teología y en la Doctrina Social emanada de esa Iglesia Católica a la que permaneció apegado durante toda su vida, pese a que en ella hubo entrado el humo de Satán al que se refirió Pablo VI en septiembre de 1972 y pese, a que, además tuvo que oponerse ferozmente a cardenales heterodoxos como Tarancón y a aquellos que hubieron cambiado de camisa, cuando España comenzó a oscurecer.

Para D. Blas Piñar: «La política no es un consenso, ni siquiera un arte de administración honesta; la política es un servicio a la comunidad integrada por hombres capaces de condenarse y de salvarse; la política es una disponibilidad de la historia profana a la historia da la salvación; la política es una dialéctica, pero no una dialéctica materialista, como la de Marx, que reduce al hombre a economía y a estómago; ni una dialéctica espiritualista, como la de Hegel, que reduce al hombre a ideología y formas culturales; sino una dialéctica sobrenatural, en la que el hombre, en la «civitas» terrena, vive la tensión heroica entre el misterio de la gracia y el misterio de la iniquidad.»

Asimismo, para el señor Piñar, la Santa Biblia es la llave maestra de la política y no el «El Capital» ni «El Manifiesto Comunista» de Karl Marx y Friedrich Engels como lo son para los marxistas o «La riqueza de las naciones» de Adam Smith como lo es para los liberales. Precisamente es el amor que emana del Evangelio, el soberano del mundo y no el odio de éstos. La clave es la ley espiritual que nos trajo Cristo, que, a su vez, es la ley del amor. «Ama a Cristo y haz lo que quieras», como diría San Agustín. Ello, ese amor a Cristo y a su Iglesia, es lo que ha de movilizar a los cristianos de todo el mundo, para que impere la justicia social, para que se produzca la reforma interior del hombre viejo en su tránsito al hombre nuevo; acompañada de la ascética cristiana, de ese hijo de Dios arrepentido, que aborrece el pecado y se deja ayudar por la gracia gratuita del Espíritu Santo para esculpir su vida, la de su familia, la de sus vecinos y es el amor a la de la Patria que heredó de sus padres y de sus abuelos, en su tarea evangelizadora, lo

que le hace dichoso para ser ejemplo frente a todos y frente a cualquiera, siendo la luz del mundo y la sal de la tierra (Mt 5,13-16). Es la bendita vocación a un apostolado auténtico y de verdad, es el camino doloroso de la cruz y es el significado permanente de la parábola del sembrador «(Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón)».

Desde el punto de vista doctrinal, para D. Blas Piñar, el asunto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado tiene una solución clara: «ni unión ni separación, sino entendimiento cordial; y ello no sólo por la existencia de las llamadas cuestiones mixtas y por la coincidencia, en un mismo sujeto, de la doble condición de fiel y de súbdito, sino por el hecho de que el Estado también ha sido querido por Dios, y, teniendo como meta promover el bien común, no puede olvidar que de ese bien común forma parte coadyuvar indirectamente a la salvación eterna del hombre.»

Aseguraba el señor Piñar que algunos decían que la Iglesia debe ser neutral en materia política, aunque para él esta afirmación siempre fue inadmisibile, y lo es por dos razones: «Porque esta neutralidad exigiría previamente que la política fuera neutral ante la Iglesia, y no lo es cuando el liberalismo, que es una doctrina política, se proclama laico, y cuando el marxismo, que es otra doctrina política, se proclama ateo y enemigo de la religión.

Porque en toda cuestión política, como probaba Donoso Cortés y ha corroborado el propio Magisterio de la Iglesia, subyace una cuestión teológica, y lo teológico cae plenamente, aunque trascienda a la política, en el campo exclusivo de la Iglesia.»

Por eso, D. Blas Piñar, aboga por un Estado esencialmente católico, aceptando, incluso, la separación Iglesia-Estado, pero entendiéndose entre ellos, no sólo porque el Estado, como rector de la comunidad política, debe tener un sentido religioso; sino porque la fe católica forma innegablemente parte del bien común de esa Comunidad y el Estado debe hacer todo lo que esté a su alcance para mantenerla, fortalecerla y propagarla.

El señor Piñar, al igual que José Antonio Primo de Rivera, eran sabedores de que en España, «donde existe una tradición cristiana profundamente arraigada, donde el hombre vive en cristiano, aun cuando no frecuente los templos, donde hay un sentido sobrenatural de la existencia y un auténtico poso de Fe, este hombre que merece nuestro máximo respeto; este hombre español que, por ser hombre, lleva valores eternos y es susceptible de salvarse o de condenarse, va a ser el eje cardinal, fundamental, de toda su concepción filosófica, política y económica...» Ellos entendieron a la perfección que «el socialismo con cualquier denominación, por explicable y justificable que sea, acaba deshumanizando al hombre, acaba haciendo del hombre un esclavo...» Y como ambos respetan al hombre, consideraron que «la comunidad está al servicio del hombre, que la economía está al servicio de los hombres y que, por consiguiente, la economía no es la ciencia fundamental porque la ciencia fundamental sigue y seguirá siendo la Teología.»

Don Blas defendió siempre el Estado nacional social frente al Estado liberal, donde la lucha de clases no existe ni tampoco la huelga como forma de presión, por cuanto todos los que cooperan en la producción y en los servicios de la nación constituyen en él una

totalidad orgánica, un todo inseparable. Él concebía la economía y la unificación de los trabajadores y de los empresarios y de los técnicos, no en sindicatos horizontales, como los de ahora, clasistas, aburguesados, serviles, subvencionados y de lucha de clases, en discordia con la patronal, generando bandos y un clima de vencedores y vencidos.

Él creía en la organización de los trabajadores, técnicos y empresarios en un único sindicato vertical, donde hay contrastes de pareceres, donde hay defensa de intereses, reuniones productivas, pero donde, por encima de las conveniencias particulares de los unos y de los otros y de unas empresas y de las otras y de unos sectores y de los otros, está el interés de la Patria, el interés de todos y, en definitiva, el interés del bien común, que se apoya en unos dogmas, en una filosofía política, en una moral cristiana y en los valores permanentes y universales, que como principios fundamentales del Estado deben respetarse por encima de la Ley; porque es la ley la que ha de estar subordinada a los principios existentes y no al revés.

Y para ir concluyendo esta breve introducción a la teología política, traeré a la palestra, una reflexión que el señor Piñar solía repetir con cierta frecuencia: «El Estado antinacional que padecemos está debilitando y esterilizando el carácter o genio en España. Por ello, si las naciones están hechas a imagen y semejanza del hombre, es preciso atacar las potencias de su espíritu y, por tanto, su memoria, su entendimiento y su voluntad. A este proceso, cada día más acelerado de destrucción del espíritu nacional, asistimos en nuestro tiempo: A la memoria, ocultando o tergiversando hechos históricos, y enseñando contra la Verdad, con mayúscula o con minúsculas; al entendimiento, con la confusión ideológica sembrada por el liberalismo, y por los medios mediatizados de comunicación; y a la voluntad, por la carencia de esperanza temporal y teologal en el futuro de España y de los españoles. El Estado antinacional que soportamos no cree que España tenga una misión que cumplir, y le ofrece e impone un imposible histórico; que su código genético, su ADN, rechaza, hasta el punto de que no pudiendo asumirlo pierde su identidad convirtiéndose en una nación tráfuga o pierde su existencia como una nación suicida. Todo esto es lo que contuvo el Alzamiento nacional del 18 julio 1936 y la Cruzada subsiguiente por Dios y por España. Nuestra nación se reencontró consigo misma realizando un esfuerzo heroico y martirial admirable. España era, quizás, el último reducto de la Europa cristiana, y pudo, en esa Europa, en gran parte secularizada y pagana, dar un ejemplo de lo que pudiendo ser contagioso resultaba intolerable.»

Espero y deseo que disfruten con éste primer libro que hoy, 18 de julio del año del 2024, sale a la venta, cuando se cumplen 88 años del inicio de aquella Cruzada por Dios, por la Patria y por la justicia, que liberó a España del marxismo.

Antonio Casado Mena
Doctor en derecho. Abogado y economista